

ACTO CUARTO.

El salon del primer acto, iluminado.

ESCENA I

BULL.—ERNESTINA.

ERNESTINA. Todo el mundo murmura de que hayamos invitado á Eleonora.

BULL. No podíamos excusarnos de hacerlo: á ella, es decir, á su millon, debemos nuestra fortuna.

ERNESTINA. ¿No has tenido noticia?

BULL. Vengo del telégrafo: están los diputados en Washington, en sesion permanente, tratando de nuestro ferrocarril: en el momento que venga alguna noticia importante, me avisarán.

ERNESTINA. ¿Pero lo sabremos esta noche?

BULL. Esta noche misma.

ERNESTINA. Si Eleonora se quiere retirar, no la detengas,
BULL. Voy á ver lo que se ofrece, y á hacer los honores.

ERNESTINA. Ya te sigo.

ESCENA II

ERNESTINA.—PEÑÚÑURI.

PEÑÚÑURI. (*Entrando por el fondo*). Señora....

ERNESTINA. Peñúñuri, Krauss no ha venido aún: estoy inquieta.

PEÑÚÑURI. Convinimos en que vendría tarde: mientras menos le vean, menos observarán, y menos podrán descubrir. Además, para no poner á nadie en el secreto, él mismo iba á llevar los equipajes al vapor: es un magnífico buque, el Saint Laurent.

ERNESTINA. Quisiera que Eleonora hubiese partido antes de que Valdemiro llegase.

PEÑÚÑURI. Yo me encargo de eso: también estoy interesado.

ERNESTINA. Peñúñuri, ¿qué fuerza nos empuja, que nada puede separarme de Krauss, y á usted le ata á Eleonora?

PEÑÚÑURI. Me atrae, Ernestina, lo mismo que á usted, la fuerza de lo desconocido. El hombre quiere siempre poseer aquello que solamente en sueños ha visto. Usted ha soñado con amores locos, con aventuras de que por cál-

culo se había privado; y quiere realizar su sueño, y tiene usted en el alma sed devoradora de placeres, y en el corazón hambre insaciable de no sé qué fantásticos amores. Yo, por el contrario, ansío lo único que no he conocido en la vida, la virtud tranquila y serena, como se refleja en la frente de Eleonora. Una misma fuerza nos impulsa: nada más, que usted desea y yo amo; y amor y deseo parécenme como crímenes, pero son ya irresistibles.

ERNESTINA. ¡Ah! sí; irresistibles.

PEÑÚÑURI. Pero el cálculo triunfará como siempre. Usted se va con Krauss, y satisfechas quedan sus aspiraciones: Eleonora queda abandonada, engañada por su amante, por su mejor amiga; no hallará consuelo más que en mí; y también las almas, cuando naufragan en piélago de dolores, se toman al primer madero de salvación que encuentran. Sólo podría haber un obstáculo ligero: esta misma noche lo allanaré.

ERNESTINA. Voy al salón; que no noten mi ausencia.

PEÑÚÑURI. Haga usted que la cena se retarde lo más posible: necesitamos que estén distraídos en la mesa, en el momento de la fuga.

ERNESTINA. He tomado todas mis precauciones.

(*Se va por la segunda puerta de la izquierda*).

PEÑÚÑURI. (*Viendo llegar por el fondo á Arlington*).
Mi hombre.

ESCENA III

PEÑÚÑURI.—ARLINGTON.

PEÑÚÑURI. Señor Arlington.

ARLINGTON. ¿Conque tambien los banqueros bailan? Yo creía que solamente hacían danzar á los demás. Á propósito; esta mañana cuando pasé á ver á usted para avisarle personalmente quiénes eran mis padrinos, le pedí un billete á cambio de oro: no gusto de cargar sino papel: pues bien, el billete ha resultado falso.

PEÑÚÑURI. Démelo usted; se lo cambiaré inmediatamente por oro. Hay muchos billetes falsos.... el gobierno debería....

ARLINGTON. Dejemos eso, que no vale la pena.

PEÑÚÑURI. Es verdad, hablemos de algo más importante. Quiero hacer á usted rico.

ARLINGTON. Permítame usted que me ría.

PEÑÚÑURI. No crea usted que es una farsa: hablo seriamente.

ARLINGTON. Pues yo tambien me río seriamente.

PEÑÚÑURI. Bien; riase usted cuanto quiera, pero hablemos con juicio: se trata de dinero.

ARLINGTON. Esa es la traduccion libre que hace un banquero de la famosa frase: "pega pero escucha." Yo prefiero la frase al revés: "escucha ó te pego."

PEÑÚÑURI. Estamos perdiendo el tiempo, y sabe usted que es dinero.

ARLINGTON. He aquí una de las profundas verdades sociales de los americanos: *el tiempo es dinero*; solamente que no explican, si es dinero que se gana, ó dinero que se pierde.

PEÑÚÑURI. Para usted va á ser dinero que se gana.

ARLINGTON. ¿Qué me cuenta usted? Quisiera admirar ese prodigio.

PEÑÚÑURI. Pues óigame usted.

ARLINGTON. Me vuelvo todo oídos.

PEÑÚÑURI. (*Aparte*). Ya cayó.

(*Pausa corta*).

(*Alto*). Amigo Arlington, perdone usted mi curiosidad: ¿cuánto gana usted poco más ó menos, en su profesion.... de dentista?

ARLINGTON. Haga usted cuenta de que nada.

PEÑÚÑURI. Comprendo; es usted un dentista retirado.

ARLINGTON. Es el género de moda. Antes se conocían solamente los diplomáticos retirados; pero hoy hay cantantes retirados, maridos retirados, virtudes en retiro: en fin, todo así.... retirado.... á distancia. ¡Qué más; si hay muchos hombres de bien que conozco, y que pasan por muy respetables, y no son otra cosa que pícaros retirados!

PEÑÚÑURI. No divaguemos.

ARLINGTON. Es que no lo decía por usted.

PEÑÚÑURI. Vamos al grano.

ARLINGTON. Es decir, al dinero, que es el grano de ese gran animal, rey de la creacion, que no sé por qué error involuntario se llama hombre.

PEÑÚNURI. Pues bien, se conoce que usted ha ganado bastante segun lo que gasta; pero gastando, amigo mio, se vuelve uno pobre. Estoy seguro de que tira usted al año, unos.... tres mil pesos.

ARLINGTON. No lo crea usted.

PEÑÚNURI. Pues pongamos dos. Aquí, como ya me ha dicho usted, no ejerce su profesion: usted necesita un país en que no haya muchos dentistas; y un buen auxilio para establecerse. Si usted se va dentro de dos dias, verbi gracia, al Perú, le doy diez mil pesos.

ARLINGTON. ¿Diez mil pesos?

PEÑÚNURI. Sí señor, diez mil pesos: á veces soy así; me gusta proteger á los jóvenes que se lo merecen.

ARLINGTON. ¿Un banquero en la piel de un filántropo? ¿no le parece á usted algo como la fábula del lobo con la piel del carnero?

PEÑÚNURI. Podría en cambio, ofrecer una prision.... pues soy bastante influente, y....

ARLINGTON. Eso sería otra fábula: el asno en la piel del leon; siempre cuestion de pieles.

PEÑÚNURI. Podría subir á quince mil pesos.

ARLINGTON. ¿Más filantropía aún?

PEÑÚNURI. Es que tengo cierto interes....

ARLINGTON. ¿Y cuál es el capital?

PEÑÚNURI. Usted debe batirse mañana con Krauss; podría morir.

ARLINGTON. En efecto, pienso matarle.

PEÑÚNURI. Pues bien.... ha asegurado su vida en mi casa.... si muere, tengo que pagar una fuerte suma.... le ofrezco á usted veinte mil pesos.... Pero alguno se acerca.... volveré.

ARLINGTON. Cuando usted guste.

PEÑÚNURI. (*Aparte, yéndose por el fondo*). Con treinta mil será mio.

ESCENA IV

ARLINGTON—ELEONORA.

ELEONORA. (*Saliendo por la segunda puerta izquierda*).

Dios mio, ¿qué parte de desgracias me cupo que ya no puedo más? Arlington, ¿usted aquí? ¿usted me rechazará como todas esas gentes? ¿usted se mofará de mí como ellas? ¿verdad que no? dígame usted que no. Esas gentes se escandalizan de la más ligera mancha, y son ellas como los sepulcros del Evangelio, blanqueados por fuera, y llenos por dentro de podredumbre. Y ademas, ni la más ligera mancha hay en mí. ¿Verdad que no la hay? ¿Entónces por qué se alejan de mí en el salon de baile? ¿por qué ningún caballero se me acerca? ¿por qué las señoritas me ven y se enrojecen, y las señoras me miran y se sonríen?

ARLINGTON. La encontraron á usted oculta en el gabinete de Krauss.

ELEONORA. ¿Y usted tambien duda de mí? Si así fuera, preferiría que me diese la muerte de una vez.

ARLINGTON. Yo no dudo de usted: comprendo que fué usted á evitar el lance; todo lo expuso usted por el hombre que ama, y todo lo perdió.

ELEONORA. Arlington, ya no amo á Krauss: á veces en los grandes sacudimientos del espíritu, se hace la luz en nuestro sér: vi que no le amaba; y su infame conducta casi me ha hecho aborrecerle.

ARLINGTON. Y sin embargo, tiene usted que casarse con él, si no muere mañana en el duelo.

ELEONORA. ¿Pero insisten ustedes en su criminal intento?

ARLINGTON. La sociedad marca con el sello de la infamia al que tiene valor para no cometer ese crimen. Es necesario, de miedo á la sociedad, ser muy valiente. Pero si Krauss está dispuesto á darle á usted la mano de esposo y salvar su honra, prescindiré del lance.

ELEONORA. Ya me repugna unirme á ese hombre.

ARLINGTON. Ello es preciso: recuerde usted que lleva el nombre de los Ciccione, y que *noblesza obliga*.

ELEONORA. ¿Pero cómo me da usted esos consejos, cuando quería casarse conmigo?

ARLINGTON. Porque cuando pienso en las penas de usted, me olvido hasta de mis esperanzas.

ELEONORA. ¡Noble siempre! ¿Pero no, habría otro medio?

ARLINGTON. Si: que delante de todos los testigos de la afrenta, delante de todos los concurrentes al baile, explique Krauss la presencia de usted en su habitacion, y haga patente su pureza.

ELEONORA. ¿Y cómo conseguirlo?

ARLINGTON. Ensayaré. Vuelva usted al baile.

ELEONORA. Imposible, que soy allí befa y ludibrio de todos. Al contrario, sáqueme usted de este baile, por compasion.

ESCENA V

DICHOS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. ¿Qué te pasa, amiga mia?

ELEONORA. Le ruego á Arlington que me saque de aquí. ¡Estoy sufriendo tanto! Bien dicen que la calumnia es como el carbon; cuando no quema, mancha.

ERNESTINA. ¿Quién puede dudar de que es una calumnia infame la que te acusa? No comprendo cómo hay gentes que gocen tanto con hacer tanto mal. Sin embargo, miéntras no se desvanece la calumnia, buena me parece tu determinacion: retírate, ocúltate del mundo algunos dias, que la verdad triunfará, y con ella saldrás otra vez radiante y pura.

ARLINGTON. ¿Es decir, que en el mundo es preciso que la virtud retroceda y se oculte ante la calumnia? ¿es decir, que la honradez vale mé-

nos que la mentira puesto que tiembla ante ella? ¿es decir, que se da más importancia á unos labios fementidos que á ojos que son espejo de bondad? ¿á una lengua viperina que á la frente que parece terso lago en que se refleja una alma sin mancha? Si ése es vuestro mundo, prefiero mil veces el mundo de Dios. En el mundo de Dios, si se interpone una nube en la marcha del sol, el sol no se detiene, rasga con dardos de oro la nube osada, y resplandece más brillante. Si hoy nube de calumnia quiere opacar el sol de la virtud de Eleonora, Eleonora no retrocederá: permanecerá en el baile.

ERNESTINA. Yo lo decía, porque ustedes ven lo que pasa.

ARLINGTON. Que Eleonora pruebe á alzar la frente, y veremos si la calumnia se atreve á contemplarla siquiera.

ELEONORA. Tiene razon Arlington; me quedo. Quiero luchar contra la infamia, y mirarla á mis piés; que si los buenos no combaten, ¿qué sería del mundo en manos de los malvados? Pero quisiera descansar un rato.

ERNESTINA. Vamos á mi cuarto. (*Aparte y yéndose*). ¡Maldecido dentista!

ELEONORA. Vuelvo, Arlington.

ARLINGTON. (*Aparte*). Algun plan tenía Ernestina. (*Se van por la primera puerta de la izquierda Eleonora y Ernestina. Krauss entra por el fondo*).

ESCENA VI

ARLINGTON.—KRAUSS.

KRAUSS. (*Viéndole*). ¡Ah!

ARLINGTON. ¿No esperaba usted encontrarme? Había yo sido invitado de antemano....

KRAUSS. Mas en visperas de un duelo....

ARLINGTON. Estamos en el mismo caso.

KRAUSS. Es verdad.

ARLINGTON. (*Aparte*). Este hombre trama algo. (*Alto*). Podríamos, á pesar de todo, evitar el duelo.

KRAUSS. ¿Cómo?

ARLINGTON. El honor de Eleonora está comprometido; usted le debe una reparacion; cátese usted con ella, y prescindo de todo.

KRAUSS. Me ha despreciado públicamente.

ARLINGTON. Públicamente la ha infamado usted.

KRAUSS. Es imposible.

ARLINGTON. En tal caso, mataré á usted.

KRAUSS. Ésa es cuestion de mañana: esta noche bailamos.

ARLINGTON. Tiene usted toda la noche para decidirse.

KRAUSS. Muy bien, caballero. (*Se va por la derecha*).

ARLINGTON. (*Yéndose por la izquierda*). Este hombre es un cobarde.... y está tranquilo.... Algun plan tiene este bribon.

ESCENA VII

SOUZA.—LAURA.—MARTINA.

(Entran por el fondo con trajes de gusto exagerado: las dos del brazo de Souza).

LAURA. *(Dando grandes paseos).* Esto es insufrible: nadie nos saca á bailar.

SOUZA. Como son extranjeros todos estos yankees, nadie nos conoce.

MARTINA. ¡Papá, tener que bailar contigo únicamente! Y como somos dos, hay que bailar una pieza sí, y otra no.

SOUZA. Pues les advierto que ya no bailo más, que estoy muy fatigado.

LAURA. ¡Y para esto mandé teñir mi traje de seda!

MARTINA. Y luégo, que mi señor dentista no parece.

LAURA. Pues mi tenor es bueno.

SOUZA. Es natural que debiendo matarse mañana, no estén para bailes.

LAURA. Lo que es á mí, poco me importa: Buttler no me habría dejado sin pareja en el baile.

MARTINA. Ni á mí Carlisle.

LAURA. Decididamente trueno con Krauss: ¿qué se puede esperar de un tenor de fuerza que tiene en su garganta un gallinero?

MARTINA. ¿Y qué me dices de mi dentista que ni siquiera usa dientes postizos?

SOUZA. La verdad es que el tenor y el dentista parecen acaudalados, miéntas que de nues-

tros dos americanitos, no sé que posición tengan.

LAUBA. ¿Por qué no le preguntas á Tenysson?

SOUZA. Como es diplomático, me diría una mentira.

LAUBA. Pues yo estoy aburrida: vámonos del baile.

MARTINA. Sí, papá: vámonos.

SOUZA. ¿Irme yo del baile ántes de cenar? ¿están ustedes locas? Si no he venido más que por la cena.

ESCENA VIII

DICHOS.—BUTTLER.—CARLISLE.

LAURA. *(Viéndolos aparecer por la puerta del fondo).*

Nuestros buenos amigos. Apreciable Buttler. Aquí nos tienen ustedes que no hemos querido bailar, porque no estaban ustedes.

MARTINA. Carlisle, solamente con papá he bailado: se lo juro á usted.

BUTTLER. ¿Y qué tal está la concurrencia? ¿habrá mucho lujo?

LAURA. Yo le diré á usted, que aunque Ernestina se ha hecho baronesa, como nadie puede olvidar que fué.... de la ópera bufa.... y que su marido es, como si dijéramos.... carnívero por mayor.... la concurrencia naturalmente no es muy lucida. Crea usted que

- nosotras hemos venido, porque no somos orgullosas, y porque sabíamos que íbamos á tener el gusto de encontrarlos.
- SOUZA. Y que los viajeros se pueden permitir ciertas libertades. En el Brasil, mis hijas sólo irían al baile que diera el rey D. Pedro.
- CARLISLE. Y cuéntenme ustedes: ¿qué pasó con la diva Eleonora?
- MARTINA. ¡Poca cosa! que nos la encontramos en el gabinete de Krauss.
- BUTTLER. ¿Cómo encontramos? ¿ustedes?
- SOUZA. Le diré á usted: yo pasaba con mis hijas; vimos el escándalo; entramos; y etc.
- LAURA. ¿Creen ustedes que la muy insolente está en el baile con un magnífico traje, y llena de brillantes? ¡Qué poco gusto! ¡una señorita! Por nada de esta vida me pondría yo brillantes: aunque se empeñase papá.
- CARLISLE. La hermosura no necesita adornos.
- SOUZA. Sin embargo, como no trajimos nuestros magníficos brillantes del Brasil, y veo que todo el mundo los gasta, acuérdenme ustedes que mañana les compre unos aderezos.
- BUTTLER. Mañana se canta la *Aida* en la Academia de Música, y podrán estrenar sus joyas.
- SOUZA. Es verdad. Martina, tú que tienes buena memoria, acuérdame que compre mañana billetes para nosotros y estos caballeros.
- CARLISLE. Le mandaré á usted un agente de teatros que proporciona muy buenas localidades.

- BUTTLER. Y yo un corredor de alhajas que tiene brillantes hermosísimos.
- SOUZA. Pero no.... no puede ser.... hoy nos vamos á desvelar toda la noche en el baile, y no podemos ir mañana á la ópera....
- BUTTLER. Durmiendo en el día....
- SOUZA. No, amigo mio: dos desveladas seguidas nos hacen mucho daño á los viejos: y no es bueno que las jóvenes anden en tanto bureo.
- BUTTLER. Entónces, nada más mandaré al joyero.
- SOUZA. Sí.... pero estoy pensando, que en estas grandes ciudades engañan á uno muy fácilmente; y además, no podrían vendernos brillantes tan hermosos como los nuestros....
- LAURA. Son muy hermosos nuestros brillantes.
- SOUZA. Y tenemos tantos.
- MARTINA. Tenemos muchos.
- SOUZA. Más vale encargarlos al Brasil.
- MARTINA. Más vale, papá.
- LAURA. Sí; más vale.

ESCENA IX

DICHOS.—KRAUSS.—*Después* ARLINGTON
Y TENYSSON.

- KRAUSS. ¿Pero ustedes aquí, sin bailar? ¿No le gusta á usted, bella Laura?
- LAURA. Sí señor: mucho. (*Aparte á Martina*). ¿Ves qué fino es conmigo?

- MARTINA. (*A Laura, aparte*). ¡Qué fastidiosa estás con tu tenor!
- BUTTLER. Pues, si usted me hace favor, vamos, hermosa Laura, á volar en alas de ese wals que comienzan á tocar.
- LAURA. Gracias. ¿Usted, Krauss, no baila?
- KRAUSS. Despues: quiero descansar un poco.
- LAURA. Yo tambien quiero descansar.
- MARTINA. Con mucho gusto, Carlisle: vamos. (*Viendo entrar á Arlington*). Pero siempre me quedo con Laura: pudiera decir....
- LAURA. (*A Martina*). Cómo te detiene el dentista: te ha atrapado como si fueras muela.
- MARTINA. (*A Laura*). Siquiera no rompe los oídos como tu tenor.
- LAURA. (*A Martina*). No: rompe las quijadas.
- ARLINGTON. Señoritas, permitanme ustédes que admire sus trajes: no hay como el Brasil para buen gusto.
- LAURA. (*Aparte*). ¿Se estará burlando?
- SOUZA. Mis hijas tienen mucho gusto.
- ARLINGTON. Ya se ve.
- KRAUSS. (*Aparte*). ¿Cómo alejarlos?
- TENYSSON. (*Entrando*). ¿No ha pasado la cena? He estado tan ocupado en.... la diplomacia.... nunca puedo separarme ántes de la una.... y ya son las dos.... ya es hora de cenar.
- SOUZA. Pregúnteselo usted á mi estómago.
- ARLINGTON. ¿De manera que ustédes bailan con el estómago?

- MARTINA. ¡Qué gracioso es usted, señor Arlington!
- LAURA. ¿Qué le parece á usted, Krauss?
- TENYSSON. Pero calle: aquí tenemos á los dos jóvenes que se baten mañana, juntos en un baile: esto es muy *chic*.
- ARLINGTON. Más *chic* es en usted y el señor Souza, que se van á batir esta misma noche.
- SOUZA. ¿Nosotros?
- ARLINGTON. Sí: á dentelladas.
- TODOS. Ja, ja, ja.
- SOUZA. El caso es que no llaman á cenar.
- BUTTLER. ¡Si no habrá cena!
- CARLISLE. Sería chasco.
- TENYSSON. Sí la hay: me he informado. ¿Y saben ustedes la noticia?
- SOUZA. ¿Qué noticia?
- TENYSSON. La de la Occidental.
- KRAUSS. ¿La de la Occidental?
- TENYSSON. Sí: miétras en el Congreso se discutía la concesion, que hace una hora se ha votado, el banquero se fugó con cinco millones.
- KRAUSS. ¿Por lo tanto la empresa?
- TENYSSON. Ha quebrado ántes de comenzar.
- KRAUSS. ¿Y las acciones?
- TENYSSON. No valen ni el papel en que están impresas.
- ARLINGTON. Mucho se preocupa usted.
- KRAUSS. Tenía yo.... algunas acciones....
- CARLISLE. Yo.... no algunas.... muchas....
- ARLINGTON. (*Aparte*). Mentira.
- LAURA. ¿Y usted, Buttler?

- BUTTLER. Yo, ninguna.
- LAURA. Es decir, ¿que su capital de usted no ha pa-
decido nada?
- BUTTLER. No ha disminuido ni un centavo.
- LAURA. Buttler, vamos á bailar.
- KRAUSS. Una palabra todos. El señor Bull tenía to-
do su capital en estas acciones: si alguno
de nosotros lo cuenta, puede saberlo, y no
debe recibir la noticia en medio de un baile.
- TENYSSON. Despediría á la concurrencia, y ya no habría
cena.
- SOUZA. Hay que callarnos hasta despues de cenar.

ESCENA X

DICHOS.—ELEONORA.—ERNESTINA.

(Sale Eleonora con abrigo, apoyándose en Ernestina).

- ARLINGTON. *(Aparte)*. ¡Eleonora!
- KRAUSS. *(Aparte)*. ¡Ernestina!
- LAURA. ¿Se va usted, encantadora amiga?
- ERNESTINA. Se siente enferma.
- SOUZA. ¿Pero ántes de cenar?
- KRAUSS. Perdónenme ustedes un momento: voy á
cumplir con un sagrado deber, ó más bien
dicho con dos. La presencia de Eleonora
en mi habitacion ha sido mal comentada:
si Eleonora no fuera pura y virtuosa no le

- daria mi mano, y tengo el honor de presen-
tar á ustedes á mi esposa, y de invitarlos
para nuestra boda que se celebrará mañana.
- ERNESTINA. *(Aparte)*. ¿Qué infamia es ésta?
- KRAUSS. Ademas, doy la más completa satisfaccion
en presencia de ustedes, al señor Arlington
á quien sin razon ofendí.
*(Tiende una mano á Eleonora y otra á Ar-
lington).*
- ARLINGTON. *(Aparte á Krauss)*. Gracias por ella.
- ELEONORA. *(Aparte á Krauss)*. Gracias por él.

Telón.